

# Katan kura

**N.º DE PIEZA L-148**

Colección Julio Philippi.

## OTROS NOMBRES

*Pimuntuwe.*

## PUEBLO

Mapuche

## ÁREA GEOGRÁFICA / REGIÓN

Surandina / Loncomilla, Provincia de Linares,  
Región del Maule, Chile.

## ASIGNACIÓN CRONOLÓGICA

1250 d.C.

## PERIODO FASE

Sin asignación.

## DESCRIPCIÓN GENERAL

Consiste en una piedra de color rojizo semejante a un jaspe de poca "ley", semiovoidal, tallada y truncada en la parte inferior. Presenta una concavidad cilíndrica que la perfora de lado a lado en sentido longitudinal. En la parte superior de la perforación -que mide entre 37 y 27 mm de diámetro- hay un reborde anular. Superficie irregular y fuertemente pulida. Posee una etiqueta adhesiva con la inscripción "pimuntuhue (piedra mágica)" y otra que señala "Loncomilla 1969".

## DIMENSIONES

Alto: 65 mm; espesor: 90 mm; peso: 265 g; diám. máx.: 110 mm.

## MATERIAL

Lítico, jaspe rojo.

## TÉCNICA UTILIZADA

Tallado, perforado, horadado y pulido.

## ESTADO DE CONSERVACIÓN

Bueno. Pieza completa. Presenta despostillados importantes hacia la base y un sacado angular en uno de sus costados.

## VOCES

En el contexto del proyecto "Archivo Razonado" (LDC 10554), que tiene como finalidad la elaboración de un catálogo razonado de la colección con una perspectiva intercultural, se trabajó con personas provenientes de comunidades mapuche. Con relación a las piezas líticas, se invitó al *longko* Alejandro Toro Huentecura, y acompañó en esta conversación Laura Ancavil Tropa. Se realizaron dos entrevistas el 16 y 17 de agosto de 2023. Con respecto a la tipología *katankura* o *pimuntuwe*, y en particular con la pieza n.º 15, se conversó lo siguiente:

Por ejemplo, cuando yo era chica... escuchaba en los *ngütram* [conversaciones] *¿Feyti pümuntuwe, ¿no? [¿Este es el pimuntuwe?] Yo escuchaba que las kalku [brujos] hacían esto... (...) Yo conversaba con un lamngen, y me decía que lo que se hacía con el pimuntuwe... es que aquí se ponían las hierbas... y se le hacía... los enfermos tenían que hacer pimuntuku [dejarle soplado] aquí, para que se les fuera esos kutxan... [dolencias, enfermedades]. (...) Como que fuese de kalku (...) Que poco menos eran piedras intocables... que te podía pasar algo (...) Y al final, uno se va dando en el camino y conversando con lamngen que tienen mayor conocimiento cultural.*

Laura Ancavil



## BIOGRAFÍA DE LA PIEZA

### Información institucional

Esta pieza formó parte de la colección Julio Philippi (1912-1997), quien fuera abogado, académico, diplomático y ministro de Estado en distintas oportunidades. Philippi, además, fue uno de los fundadores de Museo, siendo el encargado de la constitución legal y de los estatutos de la Fundación Familia Larraín Echenique. Formó parte del Consejo General y Comité Directivo del Museo.

Más información en: [https://precolombino.cl/archivos\\_biblioteca/publicaciones-en-pdf/boletines-del-museo/boletin-vol7-1998/bol7-01.pdf](https://precolombino.cl/archivos_biblioteca/publicaciones-en-pdf/boletines-del-museo/boletin-vol7-1998/bol7-01.pdf)

### Circulación en exposiciones

2016-2024: Esta pieza formó parte de la exhibición permanente de la sala "Sur Andina" del Museo Chileno de Arte Precolombino.

### Circulación en publicaciones

Sin publicaciones relacionadas.

### Proyectos relacionados

Esta pieza forma parte de: Agustín Errázuriz. (2022). "Piedras horadadas, un estudio comparativo y clasificatorio". Memoria para optar al título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad Alberto Hurtado.

## DOCUMENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

En general, las piedras horadadas han sido ampliamente estudiadas en la literatura especializada y, a pesar de ello, sigue siendo poco viable conferirles un único uso.

Desde el punto de vista mapuche, estas piedras reciben dos nombres característicos. El primero, el de *katankura*, porque se descompone en dos términos: *katan* (agujerear algo, perforar) y *kura*, la piedra, respectivamente. Por otro lado, existen algunas de estas piedras que, por sus características relacionadas al color y la horadación, son distinguidas como *pimuntuwe*, que se traduciría como "el artefacto para ser soplado".

Existen numerosos tipos de *katankura*, se distinguen por su colorido, su tamaño y su composición: hay piedras de tipo andesita, jaspe y basalto, y otras horadadas con detalles hacia sus vértices exteriores.

Con respecto a los estudios relevantes que han abordado estas tipologías, uno de los pioneros es el realizado por R. Philippi (1884), quien indica que se conocen bastantes, pero casi todas proceden de la zona central, cuestión que, con las décadas, iría variando. Philippi discrepa de José Toribio Medina respecto de sus usos:

Don J. Toribio Medina opina en su excelente obra sobre los aborígenes de Chile, que todas las piedras que muestran esta clase de agujero han sido proyectiles, i que la forma que muestra la horadación, ensanchándose en los bordes, se debe al frotamiento con el hilo, cuerda o correa, que ha servido para lanzarlas. No puedo admitir esta esplicacion; jamas habría resultado de este frotamiento una forma circular tan regular como se observa siempre, aunque quisiéramos suponer, que cada piedra de éstas haya sido lanzada cien veces (Philippi 1884, p. 472).

Respecto de sus características, sobre una muestra de cerca de doscientas de estas piedras, Philippi (1884) indica: "La mayor parte son de color gris, ora claro, ora oscuro, hasta ser casi negro, pero no faltan coloradas, teñidas por el peróxido de hierro, i entonces se ven a veces venas blancas o manchas grandes de este color" (pp. 473 y 474). Ahora bien, con respecto a sus posibles usos, el autor recoge distintas actividades que le indicaron pudieron servir estas piedras y procede a enumerarlas. El resumen es el siguiente: 1) como tortera, 2) "piedras horadadas pueden haber servido de pesos para mantener en el telar los hilos tendidos" (Philippi 1884, p. 476), 3), usadas para hundir redes, aunque el autor descarta esta hipótesis, 4) quizá, pudieron haber sido utilizados como un tipo de moneda de épocas remotas, 5) una especie de ídolo femenino, 6) un proyectil para la guerra, aunque es confuso que, requiriendo de tanto esmero en su fabricación, su uso sea para luego perderla, 7) atadas a la extremidad de una madera para ser utilizado como mazo de guerra, 8) como juego para arrojarse entre sí, aunque el autor descarta este posible uso, 9) para moler el maíz, pasando un mango por el agujero, 10) como pequeñas cabeza de

martillos utilizadas con los dedos, 11) Philippi recoge el testimonio de Darwin: “Los indios de Chile usarían tal vez las piedras agujereadas en su agricultura, adaptándolas en la extremidad de un palo aguzado en el otro extremo, para dar a éste más peso, a fin de que penetre mejor en la tierra”, (p. 478). Probablemente, según infiere Philippi a partir de la conjetura de Medina sobre el testimonio de Núñez de Pineda, este uso sería para los *hueullu*: “tenedores de tres puntas de una madera pesada i fuerte, i en el cabo de arriba le ponen una piedra agujereada a propósito para que tenga más peso” (p. 478). Por último, otra de las inferencias del uso de estas piedras sería como el de adorno.

Posteriormente, hacia 1915, Joaquín Santa Cruz plantea que las piedras horadadas y su dispersión por distintas partes del continente son pruebas de una civilización antigua:

Es curioso que las piedras horadadas hayan sido usadas por estas naciones a la vez que, por los indígenas del Titicaca, y por los de Cochabamba y Diaguitas argentinos. De ahí pasaron a Chile, y las piedras horadadas se señalan en todo el territorio hasta Chiloé inclusive. Será esto una prueba más de que una raza primitiva del mismo origen pobló esta parte del continente, con lenguaje y costumbres diversas de los quechuas y de los mapuches. Las piedras horadadas parece que han sido el arma nacional de la raza primitiva (p. 395).

Hacia 1930, y en un extenso artículo dedicado a distintos líticos hallados en exploraciones, Joseph (1930) proporciona otros datos sobre las piedras horadadas, incluyendo estas tipologías en la categoría de *pimuntuwe*:

Los *Pimuntuhe* son piedras circulares perforadas en el centro. En atención a su forma, los araucanos las llaman habitualmente *Catancura*, piedra perforada. Los mapuches de Perquenco les dan el nombre de *Trapelsiñu* que recuerda al mismo tiempo la forma y la función accidental que desempeñan como amarras agujereadas. Los antiguos indígenas de algunas reducciones las usaron en efecto como anillos adaptados a sus instrumentos de trabajo y como armas en tiempo de guerra (p. 22).

El mismo autor caracteriza la variedad de estas piedras según sus formas y materialidades:

Todos los *pimuntuhe* tiene una abertura central cilíndrica, bicónica o embudada, de pared bien pulimentada. Casi todos representan los contornos circulares y redondeados. Los hay esferoidales, discoidales, cónicos y elipsoidales, fabricados con piedras blandas y quebradizas de preferencia a las duras y resistentes. Las dimensiones varían desde el tamaño de las torteras o *chinqued*, discos perforados de tres a cuatro centímetros, adaptados al huso de las hiladoras, hasta el de ruedas de veinte centímetros de diámetro, cuyo peso alcanza hasta cinco y más kilogramos. Se han recolectado los *pimuntuhe* por centenares en territorio araucano (Joseph 1930, pp. 23 y 24).

Es interesante constatar que Joseph (1930) pudo obtener gran parte de sus averiguaciones en contextos de comunicación con distintas comunidades:

Los araucanos bien informados de Boroa, de Freire, de Temuco, los dominan *Pimuntuhe*, nombre que alude simplemente a su función ritual. La palabra *pimuntuhe* viene del verbo *pimun*, soplar, y de la particular *tuhe* que significa lugar. El *Pimuntuhe* es un aparato donde se sopla. Los calcos o brujos mapuches y algunos machis le atribuyen un poder maravilloso, una virtud mágica. Lo recomiendan o recetan a sus clientes en las circunstancias difíciles de su existencia y prescriben el ceremonial de rigor que ha de acompañar (p. 23).

Posteriormente, y en contraste con los primeros alcances de estas piedras señalados por Santa Cruz, Aureliano Oyarzún (1935) ahonda hacia un origen dado más bien por contactos, tanto en el origen como en la confección de las piedras horadadas:

Su confección no ha sido difícil por más que parezca lo contrario. El aborigen dispuso de bastante tiempo para frotar entre sus manos sobre un trozo duro de granito el extremo de una piedra puntiaguda, o mejor, de un palo impregnado en agua y arena hasta formar un agujero (Oyarzún 1935, p. 126).

Además, sugiere que las piedras horadadas llegaron a América por la migración humana que se produjo desde Asia. También agrega que “su presencia se debe a influencias de las islas del Mar del Sur sobre las costas del Pacífico, como ya se ha probado para las culturas adelantadas del Perú y Brasil” (Oyarzún 1935, p. 128). Refuerza a su vez la propuesta de que también pudieron usarse en contexto de guerra: “Por fin, es muy probable también que estas piedras, las planas principalmente, sirvieron para

hacer macanas de guerra como sucedió en el extenso pueblo de Atacama, predecesor de los incas, y aun para adornar el cuerpo de esos aborígenes” (Oyarzún 1935, p. 128).

Hacia la segunda mitad del siglo XX, Dillman Bullock (1963) documentó ampliamente sobre este tipo de materialidades dispersas en la región del Biobío y la Araucanía, y coincide con las demás contribuciones respecto de algunos de los usos y alcances de estos objetos:

La Piedra Horadada es el artefacto más común de nuestros pueblos prehistóricos que hallamos en Chile. La abundancia de ellas, en algunas regiones, hace creer, que en algún tiempo fueron artículos de uso común y que había una o dos en cada casa. La gran diferencia en el tamaño, forma y peso de ellas, es evidencia de que no todas tenían los mismos usos. Es imposible pensar que una piedra de medio kilo o menos, tuviera los mismos usos y aplicaciones, en la vida diaria, que otra con un peso de cinco kilos (Bullock 1963, p. 61).

Bullock (1963) expresa el desconocimiento que existe en torno a la confección de piedras: “El material usado en las piedras, es sumamente variado según la geología de la región” (p. 68). En este caso, señala que no tiene conocimientos de geología por lo que no pudo catalogar todos los materiales. Sin embargo, en la descripción que proporciona sobre la composición de estas piedras menciona escoria volcánica, mica chistosa, esteatita, granito, serpentina, yeso, piedra de cal, tosca, piedra de arena y basalto.

A diferencia de Latcham, que señaló que algunas piedras estarían formadas por el agujereado de un guijarro de río, Bullock (1963) considera que es bastante improbable. “De las de tamaño regular a grande es raro encontrar una que no muestre algún trabajo para darle su forma actual” (p. 75). Bullock propone el paso a paso para confeccionar una piedra horadada: 1. Selección de la piedra; 2. Reducción de la piedra a la forma deseada; 3. Pulido de la piedra; 4. Perforación de la piedra.

Uno de los detallados procedimientos queda expresado así:

La manera de trabajar la piedra y reducirla a la forma deseada comprendía dos operaciones distintas. La primera era con el empleo de alguna piedra más dura y puntiaguda, como martillo, golpeando con la punta y gastando hasta reducirla a más o menos la forma deseada, pero aún estaba la piedra completamente áspera en toda la superficie. Terminada esta operación, se procedía a hacer la perforación. (...) La piedra, sin embargo, no se puede considerar terminada estando tan áspera. Es posible usarla, pero generalmente no fueron utilizadas en esta condición, porque es raro encontrarlas así. Ahora principia otro procedimiento que consiste en hacerlas más lisas gastándolas por medio de alguna piedra algo plana y de material muy duro. Para este tipo de trabajo de reducir y hacer lisa la piedra, se aprovechan planchas de escoria volcánica que son como lija. Con ella era relativamente sencillo reducir la piedra áspera o lisa. Hemos comprobado en varias ocasiones que no es difícil ni demoroso alisar con estas piedras de escoria (Bullock 1963, p. 77).

Ahora bien, con respecto a este tipo de piezas, a modo general, se reitera que resulta imposible asignarle una sola utilidad. Sin embargo, Dillman Bullock añade otros posibles usos que se suman a las anteriores contribuciones. En los estudios de Latcham se nombran solamente diez diferentes usos que han sido sugeridos y algunos de ellos no comprobados, además de dos que él considera improbables. Por ello, Bullock suma los siguientes:

2. — Como anclas para canoas y embarcaciones. Este uso se considera común en la parte noroeste de los Estados Unidos en la costa del Pacífico. También en el territorio de Canadá poco más al norte. Lámina XVI. 3.—Piedras grandes perforadas como anclas para redes usadas en Alaska por los esquimales para cazar lobos de mar. 6. — El Pimuntuhue de los mapuches. Usado por los machis y hechiceros para ayudar a los afligidos en cualquiera dificultad que se encuentren (Bullock 1963, p. 86).

Uno de los usos ampliamente referidos de las piedras horadadas como proyectiles en contextos de conflicto fue documentado por Bullock añadiendo, además, una novedad recogida a partir de un testimonio etnográfico. Sobre el uso las piedras horadadas como proyectiles de una maza, proporciona la siguiente información:

Durante los años 1902 a 1912, en mi primera estadía en Chile, cuando trabajaba como misionero en la Misión araucana de la Iglesia Anglicana de Temuco, vivía en dicha misión, al lado del río Quepe, a unas tres leguas de la estación del mismo nombre y completamente rodeado de mapuches. Uno de los vecinos, un hombre de edad avanzada, venía muy a menudo a conversar conmigo y a pasar el tiempo, tal vez porque encontraba en mí un buen oyente. Me contaba muchas cosas de su vida pasada

y sus experiencias en las guerras. En una de estas conversaciones en mi oficina, él notó una piedra horadada encima de mi escritorio. Tomándola en su mano dijo: "Muy bueno, muy bueno para matar huincas" (forasteros)". Nunca antes había yo hablado con él sobre las piedras horadadas y le pregunté: "¿Cómo hacían ustedes estas piedras?", él me contestó con estas palabras: "Este no hacer, este hallar. Es decir, estas piedras no las hacíamos, las hallamos". Yo entonces dije: "Muy bien, pero cómo se usaban éstas para matar huincas (forasteros)" (Bullock, 1963, p. 87).

La explicación de Bullock es también complementada con una fotografía, la lámina Xi del artículo:

Las piedras horadadas se usaban en un colihue de 5 a 6 metros de largo, bien amarradas en la punta delgada. Cuando venía la caballería se formaba una fila con los guerreros, 6 a 7 metros distantes uno de otro. Cada uno tenía su maza en posición, con la punta gruesa en el suelo sujeta al lado del pie izquierdo y el dueño agachado en posición de dar el golpe con la maza de arriba hacia abajo sobre el caballo y su jinete que cargaban (Bullock 1963, p. 88)

Ahora bien, uno de los usos ya señalados de estas piedras es la que precisa el nombre de *pimuntuwe*, *pimuntuhue* o *pimuntue*. Bullock retoma esta discusión:

Dos escritores se han dedicado a investigar y escribir sobre los usos del pimuntuhue entre los mapuches. Ambos escritores atribuyen una importancia muy grande al uso de estos artefactos manejados por los brujos entre el pueblo. Cualquiera indígena puede acudir a ellos en cualquier tiempo y sobre cualquiera dificultad en la vida y pedir ayuda para solucionar sus problemas. Un ladrón que ha cometido un robo y quiere asegurarse de no ser descubierto; un enamorado que necesita ayuda; cualquier criminal en grandes apuros; etc. etc. El brujo aconseja valerse del pimuntuhue y si el interesado acepta, el brujo, con su pimuntuhue, hace una serie de ritos y el cliente tiene que contar sus deseos y aspiraciones en alta voz al hoyo de la piedra y soplarlas fuerte allí mismo y le asegura así que su problema será resuelto, según sus aspiraciones (Bullock 1963, p. 89).

Luego de este alcance, muy mermado por su visión religiosa al tratar a los *machi* como brujos, el autor recalca que este uso de las piedras horadadas, como artefactos para ser soplados, es más bien un uso secundario. "Esta información acerca del pimuntuhue, no tiene ninguna relación con el uso original de las piedras horadadas como artefactos arqueológicos. Son todos empleos secundarios introducidos por los mismos brujos, hechiceros y machis para manejar y prosperar en sus propios negocios" (Bullock 1963, p. 90)."

Este uso de la piedra horadada como *pimuntuwe*, que casi la mayoría de los autores antes referidos lo asocian a figuras religiosas, tales como *machi* o *ngenpin*, o también, a los conocidos como *kalku* (brujos), fue antes contrastado con los aportes etnográficos proporcionados por Mischa Titiev (1951) a propósito de la celebración del *Wüñol tripantu* o más ampliamente conocido como "Año Nuevo Mapuche". La mención es la siguiente:

Inmediatamente antes de la llegada de los visitantes, el lonko sacrificaba una oveja y oraba por paz y felicidad para él, sus seguidores y sus invitados. Mientras rezaba, miraba al cielo, dirigiéndose al buen Dios Ngenechen, a menudo llamado Chau (Padre). Cada cierto tiempo él soplabla el Pimuntuwe, un disco de piedra perforado, que los mapuches reverenciaban mucho y de vez en cuando desde un plato de madera salpicaba sangre de la oveja sacrificada. Se esperaba que los invitados se quedaran de dos a siete días (Titiev 1951, en Foerster 1995, p. 101)

Dicho todo lo anterior, y en consecuencia, es importante considerar este tipo de piedras desde tres planos. En primera instancia, como artefactos elaborados para distintos usos de tipo cotidiano, principalmente en actividades productivas que, dependiendo su uso y tamaño, pudieron ser parte de labores agrícolas, de pesca, en textilera. Un segundo uso documentado es en contextos de guerra, como artefactos unidos a un mango de madera a modo de porra, o también, unidos a una vara larga, un colihue, amarrado en su extremo distal superior, para ser arrojado a una larga distancia. Por último, destaca un uso religioso o espiritual, vinculado más específicamente al nombre de *pimuntuwe*, y que fue asignado, en el caso mapuche, para autoridades tradicionales.



#### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:**

- Bullock, D. (1963). Mil piedras horadadas. *Boletín de la Sociedad Biológica de Concepción* 38(6), 57-126.
- Foerster, R. (1995). *Introducción a la religiosidad mapuche*. Editorial Universitaria.
- Joseph, C. (1930). Antigüedades de Araucanía. *Revista Universitaria de la Universidad Católica de Chile* (9), 3-67.
- Oyarzún, A. (1935). Las piedras horadadas de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía* N.º 9 85, 25-128. Santiago.
- Philippi, R. (1884). Arqueología americana: sobre las piedras horadadas de Chile. *Anales de la Universidad de Chile* 65, 470-483. Recuperado de <https://anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/19549>
- Santa Cruz, J. (1915). Las piedras horadadas. *Revista Chilena de Historia y Geografía* (18), 393-396.
- Titiev, M. (1951). *Araucanian culture in transition*. University of Michigan Press.